

EN VISPERAS DE LA FIESTA DEL LIBRO

# El alma limpia y la intención honesta

En visperas de la Fiesta del Libro no estará de más que preparemos el ánimo para poder celebrarla cumplidamente. A las fiestas hay que acudir con una especial predisposición. Una fiesta es un regocijo que un hombre se dispone con anticipo, y simultáneamente con la organización del acto precisa ir preparando el ánimo, no nos vaya a coger aquí con el espíritu distante y la atención desviada. Para los momentos dramáticos tiene mucha menos importancia esa previa preparación anímica. En primer lugar, porque preparando el ánimo al infortunio, la mengua de dolor que se consigue al llegar éste, no compensa de la angustia que se sufrió pensando que se nos venía encima. Aguardar el dolor es ya sufrirlo y no vemos ventaja en una atenuación del sufrimiento que tan sólo se debe a un largo venir sufriendo. Por otra parte, el hombre no necesita ensayar el gesto dramático, cuya grandeza reside precisamente en su espontaneidad. El gesto dramático ensayado es falso y ridículo, gesto de quien sabe no podrá encontrar en su propia conciencia el impulso emocional y recurre a la farsa para disimular su sequedad de corazón. Cuando un hombre atesora nobles cualidades, no hay temor de que el drama, surgiendo de improviso, le empuje a la farsa. En el drama un alma noble está siempre a la altura de las circunstancias porque cuando esta nobleza no existe tampoco el drama se produce. Será un mal, existirá un daño efectivo, pero nunca un drama, que este sólo es tal en relación con nuestra sensibilidad y nuestro concepto de la vida. Todos los días son sacrificados corderos en los mataderos y el drama no existe para nosotros porque no nos comuñe. Pero leemos el maravilloso cuento de «Clarín», «Adiós, cordera!» y entonces se nos aparece el drama, porque le vemos a través del ánimo acojonado de unos niños llenos de ternura para el dulce y sumiso animal que la miseria obligó a poner en manos del matarife.

Para las fiestas si que es preciso ponerse a tono, preparar el ánimo. Hay que saber lo que se celebra y por qué se celebra. Y no acudir a ella sin que la idea que se exalta, el hecho que se festeja, la efeméride que se recuerda, la figura que se evoca, nos haya penetrado en lo más hondo de nuestro espíritu y nos haya inundado de luz, en unos casos, con su grandeza, en otros, con su alto valor simbólico; en otros, con su encantadora simplicidad, y en muchos, por la mera identificación con la alegría de los demás.

La Fiesta del Libro es una fiesta del espíritu y para honrarla es necesario sentirla como tal fiesta del espíritu y acudir a ella con el alma limpia y la intención honesta. Mal cuadran a la Fiesta del Libro afanes de mercaderes y mezquindades de compradores. La Fiesta del Libro no ha de ser la fiesta del librero, que no por tratar con libros es comerciante de más noble condición. Ni ha de ser tampoco la fiesta del oportunista, que busca la economía donde más se gana cuanto más se prodiga.

Hemos de dar a la Fiesta del Libro una dignidad que no tuvo hasta ahora. No ha de ser esta vez ni la fiesta del librero, ni la fiesta de todos los libros, que no es la materialidad del artículo, sino su contenido espiritual, aquello que honramos. Ninguna relación guardan con el carácter de la Fiesta aquellos libros que no sirven a la formación intelectual de las multitudes. Queden por esta vez en la penumbra de las estanterías los libros de cocina, los reveladores de secretos de tocador, los de quiromancia y otros muchos cuyo interés no vamos a discutir ahora, pero que no responden a la significación de la Fiesta. Y menos aun han de aparecer en los tenderetes callejeros aquellos que, lejos de elevar el espíritu, lo rebajan; lejos de aclarar la inteligencia, la entenebrece; lejos de dignificar al hombre, lo corrompen. Al honrar unos libros deberíamos, con la misma exaltación, arremeter contra otros. Contra la pornografía, la literatura estúpida de las novelas blancas, más o menos sonrosadas. ¿Será mucho pedir a los libreros que arrinconen, por pudor, toda esa repugnante bazofia? Cuando se está forjando una España nueva, una España mejor, a costa de tantos sacrificios y sufrimientos, ¿no es un crimen explotar y fomentar ignorancias y flaquezas, reduciendo así los resultados de un gigantesco esfuerzo de redención nacional?

Es lo menos que nuestros libreros pueden hacer, si quieren redimirse algo de sus muchas culpas. Porque la verdad es — y ha llegado el momento de decirlo — que están pecando, en general y salvo tan honrosas como escasas excepciones, de excesivamente codiciosos. Hagan examen de conciencia y vean si su proceder responde a las exigencias éticas de las horas que vivimos, si el alza de precios ha estado siempre en relación con el coste, si es moral pedir por un libro usado más de lo que cuesta en una librería de nuevo, si es lícito vaciar el establecimiento del librero honesto, que no subió los precios o lo hizo con moderación, para revender sus libros en el propio con un arbitrario sobreprecio.

Nunca como ahora sintió el pueblo tales anhelos de cultura. Buscan unos en los libros el pasajero olvido de la hiriente tragedia que vivimos; otros, la explicación a tantas maldades increíbles; otros, las sendas de paz, de bienestar y de gloria que nuestra patria merece. Y todos, algo que eleve el espíritu, que purifique el alma, que les haga más dignos, más buenos y más útiles a sus conciudadanos.

En visperas de la Fiesta del Libro, prometemos que no será objeto de ninguna baja explotación el hambre de saber de nuestras muchedumbres de esas heroicas y abnegadas muchedumbres prístas siempre al sacrificio por un ideal generoso.

LUIS BURBANO

**\* HERNIAS** ni operación, ni molestias, contención cómoda y curación sólida garantizan los **\*delantales antiherniarios del PROFESOR P. RAMÓN, CARMEN, 35, 1.º**

CONSIDERACIONES INACTUALES

# Fragmentos de una carta al Dr. Lafora

Tiene usted razón. Y no digo que sobra de razón o razón de sobra, porque la medida de todo razonamiento verídico presupone exactitud o justeza, y las razones de que usted se vale son estrictamente válidas, esto es, no ex-tralimitan, por excesivas ni por insuficientes, el concepto equitativo de «su razón», de esa razón incuestionable que le asiste. Tiene usted razón. Pero, ¿qué quiere usted? Todas las verdades de verdad, las absolutas, se cuajan duramente y a costa de recios quebrantos y onerosos sacrificios. Lo que usted distingue, con lucidez meridiana y castellana distinción, no lo ven aún — quizás por disculpables errores de perspectiva, tal vez por deficiencias innatas de visión o de capacidad — no pocos criterios distintos. Y no hay que hacerse ilusiones. La mirada objetiva de un solo sujeto — por muy perspicazmente que se anticipe a los hechos y los sepa antever — se considerará siempre, de manera fatal, por el panurguismo pseudodemocrático de los obstinados prejuju-gadores, insolencia pedante y progenerada u ofuscación subjetiva. Y de nada sirve que, luego, a la postre, el vaticinio se cumpla, corroborando la lucidez y la pertinencia de la intuición desatendida. Irreparable ya el estrago, al clarividente se le retribuye, con largueza humorística y despectivo rencoroso, adjudicándole el *inri* de la *jettatura* o los indelebles y tambales títulos de aspaventero, agorero y aguafiestas.

Me habla usted en sus líneas, con fluencia que únicamente interrumpen o entrecortan la pasión y el celo patrióticos que tanto le enaltecen y distinguen, de sus impresiones de español recién trasegado al extranjero. Estas impresiones — en lo que conciernen a lo que a usted y a mí más nos interesa: al exacto conocimiento exterior, universal, de nuestra causa, y a las iniciativas y recursos netamente españoles que concurren y coadyuvan a establecer y difundir con exactitud ese conocimiento — no son satisfactorias. Usted echa de menos una actividad más decisiva y eficiente. Y excusaría, como demasia, por estimarlo de más, todo lo que huelga. En síntesis: usted contrasta cómo todo lo positivo que se produce no produce, por errores o negligencias subsanables, el efecto que requiere nuestra causa. Y, por el contrario, cómo lo que se superproduce, o se produce en contra de la equidad y equanimidad que nos garantizan, esto es, lo contraproducente, es lo que, por lo común, y como cosa común, se propaga y prospera. Así es, en efecto, ¡y ya es desdichado!

Las quejas de usted, que no constituyen ninguna jeremiada, coinciden con las de un escritor madrileño, residente en París, que me envía un largo mensaje recriminatorio, tan audaz como explícito. Según este escritor, que se zurre con chapuzas dialécticas una candorosa coartada, su prototipo de responder a mis cargos y reproches, a él mismo, intelectual español autoexpatriado, le produce estupefacción, indignación y bochorno el ademán tibio y negligente con que, por lo común, se contrarresta — o se hace como que se contrarresta — lejos de España, por los españoles que están, y sin duda se sienten, lejos de España, todo ese sistemático fluir de calumnias, bellaquerías e infundios que, al perseguir el descredito de un régimen, se obstina, en quebrantar y rebajar el rango impostergable de una nación sin tacha y sin regresión posible, como es la nación española. ¡Bah! Yo creo que exagera. Por más que esos risibles pigmeos, hijos espurios de la virilidad hispana, jueguen a ser titanes en la demolición de la honra y el contenido patrios, no es de temer que minen y arruinen, como zapadores de alcantarillas, sino las cloacas de su propio nacimiento impropio, que son las que dan redolencia y lustre específicos a los blasones de los de su laya o alcurnia. La hombra de los villanos netos, que constituye el cogollo y la flor de España, no puede desdorararse — porque es auténtica púrpura y no sobredorado ni purpurinado de oropel — por mucho que se desdore en su abyección la gentil-hombria caduca y jamás genealógicamente legítima u ortodoxa de los degenerados degeneradores de España y sus destinos. Y esto no quiere decir, naturalmente, que yo excuse a remisión e indolencia de los intelectuales autoexpatriados — cuya españolidad tal vez se les desdibuje a consecuencia del medio ambiente, del cómodo *exilio* y de una cierta tímida e irresoluta añoranza — ni el huelgo corto y el desmayado espíritu de algunos otros que, sin expatriarse, aún se andan por los nubes, cavilosos y grávidos de suficiencia meteórica, como nefelibatas de guardarropa, sin comprender, ¡a estas alturas!, que el porvenir de España depende, sin exclusión, del esfuerzo y del sacrificio de todos los españoles.

A propósito de todas estas cosas, le diré a usted que, en mi concepto, el español común tiene un concepto meramente espectacular turístico y periodístico de la propaganda. (Por otra parte el tal vocablo — que es, en su acepción vulgar o política, simple palabreja — resulta, para los menesteres de exportación o de índole universal, fórmula *tabú* o inscripción contra-productente.)

Entre españoles comunes, el lema *propaganda* viene a ser el rótulo o marchamo que garantiza la legitimidad de un producto. Por lo que a mí respecta, no puedo escuchar el anti-pático remoque sin que se me incrusten en el tímpano sus esquirlas comerciales utilitarias, totalitarias y serviles. Mis defensas humorística reaccionan al oírlo con incongruente agresividad, y confunden, en un lote indistinto, el itinerario del Quijote, el puerto de Lápice, la ruta Michelin u un periódico mural el *Parador* de Grecia y la *Pronaladía* de Torres Naharro. Es un artilugio aporético y un cajón de sastre. Para mí, la propaganda tiene, además, un estigma indeleble, *made in Germany*, de absorcionismo totalmente totalitario que la trucea en inservible para congrega y atinar los sentimientos y los pensamientos de las gentes democráticas. El Gobierno de la República — el Gobierno legítimo — no necesita de la propaganda. Para que resulte eficaz, la

propaganda ha de ser, como es la de los rebeldes, calumniosa y vergonzante. Y ha de ir dirigida, también como la de los rebeldes, a los núcleos fanatizados o a los sectores medrosos, acomodaticios y sin convicciones ni dignidad políticas. En mi sentir, el Gobierno de la República no puede descender a rebajarse en el terreno de la polémica mercenaria y cenagosa con que le acucia el tremedal propagandístico de los traidores. Más aun, el Gobierno de la República debe sustituir el mote *propaganda* — letra inerte en las manos limpias de los españoles leales — por la palabra «información, tan lúcida y elucidadora como honesta. En efecto: la causa que todos los españoles leales defendemos se defiende sola. Lo útil — y lo inexcusable — es informar verídicamente al mundo de lo que significa España y de lo que supone el contubernio que la invade. Tal vez se me arguya que el mundo se sabe ya de coro esa lección, y que la balbuce en privado, a solas con su conciencia, pero que lo que declama en público y por lo estentóreo es la versión falaz e indigna, favorable a sus intereses. Niego, en absoluto, que eso sea verdad: que sea toda la verdad. Hay muchos engañados y ofuscados, de entendimientos angostas o de entendimientos absorbidos y absortos en exigentes disciplinas, cuya conciencia es posible y plausible esclarecer. Para conseguirlo huelga la propaganda *rupestre* y empírica que por lo común y por los comunes se usa. La verdad esparce su luz de arriba abajo. Por amor a la democracia, lo eficaz es persuadir a los mejores, que son los buenos, y que constituyen la aristocracia auténtica del espíritu. Estos, a su vez, convencerán paulatinamente, con su buen juicio y sin ninguna clase de prejuicio, a los más hostiles, escépticos y obtusos. De sobra se sabe que a las multitudes no se las puede buscar en el ágora para persuadirlas de un modo absoluto y permanente. En el ágora, la elocuencia y la pasión rebosan con su poder suasorio el recipiente exacto de la verdad, y persuaden a las masas, por lo consecutivo, con su ífan sucesivo, de una porción de verdades consecutivas transitorias y contradictorias. La acción vicioligera no es posible que postergue al pensamiento ni que lo sustituya. Si usted se propusiera convencer al mundo de que las doctrinas de Freud, de Adler o de Jung no admiten controversia, llevaría usted científicamente su propósito al conocimiento de los más capaces, sin incurrir en el despropósito negativo de vociferar la certidumbre de su tesis en ascandalosas o estrepitosas pancartas, que para los profanos tendrían la validez y la eficacia de un anuncio mural o de un cartel de feria.

¿Propaganda? Bien está ese vocablo y aun ese concepto como sutura y comidilla de una congregación de cardenales epicúreos, ganosos de difundir, por lo jesuítico y para su provecho o provecho de su altísima dignidad sinoniaca, las virtudes católicas, esto es, ecuménicas o universales, del catolicismo anticristiano. Bien está asimismo ese concepto y el alias o mote que lo transporta y exporta, como emisión fraudulenta de los ominosos regimenes de dictadura totalitaria que escarnecen hoy por hoy la dignidad europea en entredicho. España, por fortuna, no necesita ni poco ni mucho de los buenos oficios oficiosos de ese celestina-zo vergonzante. Basta con que el mundo sepa, como se defiende, con cuánta bravura y con qué noble tesón combate por su libertad y por su independencia, es decir, por el derecho que le asiste a disponer de sus destinos.

Fuera de España tiene usted que cumplir — en su condición de hombre de ciencia y hombre de mundo, noblemente, transparentemente apolítico — una misión tan eficaz como diamantina. La posición de usted, netamente española — es decir, exclusivamente republicana y liberal — no hay manera de que suscite suspicacias ni recelos. La autoridad científica que propios y extraños le reconocen, hará aún más sólidos sus veraces argumentos. Así, con la solvencia propia, el propio desinterés y la ausencia de pasión política es como se persuade a los escépticos y a los indiferentes. Lejos de la opresión emocional de la contienda, usted, siempre a la altura de sí mismo, sabrá mirar y ver, como le cumple, desde el ápice ético y estético de su estatura aventajada. ¿Recuerda usted nuestras conversaciones a propósito del *homúnculo*? Nuestro homúnculo no era un homúnculo goethiano, hecho artificialmente, contrahecho con fórmulas asagricas, sino el pigmeo deforme, sin inteligencia, menguado de carne y de alma, pequeño de sus pequeñeces y con instintos de alacrán hecho a morder el polvo y el calcañar de los hombres de pro, esto es, vejado por sus dimensiones y por su condición de pigmeo, únicamente idóneas para combatir con las grullas, pero que se erguía como queriendo alzarse contra los titanes. Nuestro homúnculo era, en fin, el dátilo o pulgar de la zurda, envenenado por su mezquidada esterilidad, que alardeaba de ambidextro. Pues bien: no olvide usted el símbolo, pero no se ensañe. Use usted, que usted puede, de la piedad. La proeza española es menester propio de unos héroes magnánimos. Sin transigir con los angostos de espíritu y de calibre, corrijamos con longanimitad sus deficiencias o insuficiencias innatas. Ellos, después de todo, no tienen la culpa de ser como son: pequeños y miserables.

JUAN JOSE DOMENCHINA

# De un momento a otro

LAS ARMAS Y LAS LETRAS

«Cuando un pueblo puede festejar sus propias tareas editoriales, es que una madurez espiritual sostiene el propósito. España, con su carácter del analfabetismo, que la monarquía le había dejado en herencia forzosa, las festejaba desde los primeros años de la República, cada vez con afanes más hondos. Y las sigue festejando en guerra. En guerra contra los enemigos de la luz, de la publicidad, del libro. Y, en esa guerra, demuestra que son los preteridos de la cultura oficial los que mejor saben defender la otra cultura, la cultura a secas, que tiene las páginas abiertas de par en par a la humanidad. Conmovedor ejemplo. Porque lo esencial de la riqueza espiritual de un pueblo no reside solo, al fin y a la postre, en la red de sus organizaciones docentes: reside también en los grados recónditos de su calidad y de su temple moral, que sólo pueden darlos la capacidad de sacrificio y la sobriedad de raza. (Recordemos que una cultura no la integran los libros y las aulas por sí solos. Cultura es, sobre todo, la síntesis de sistema de trabajo, de lucha y de convivencia, cuidada por el hombre en un período histórico. Recordemos también con el profesor ilustre aquella definición que puntualizaba: cultura es rebeldía. Y nuestro pueblo ha sido rebelde — y ha canalizado la rebeldía — porque el dolor le crujió sobre las espaldas a lo largo de siglos). A mí me contaron una vez una anécdota de Chesterton, que acaso no sería oportuna en este trance. El gran escritor inglés visitaba España, sus pueblos, sus campos, sus rincones. Recorriendo Castilla en compañía de un insigne profesor español, detuvo en las afueras de un pueblito donde comían apaciblemente unos campesinos. Sobre una gran rebanada de pan, los labriegos sujetaban un trozo de tocino que iban cortando en rojas con un acero rudimentario y llevándolo rítmicamente a la boca. De vez en cuando rociaban el condumio con un trago largo de vino rojo. Y un silencio que era tan solemne como la propia operación del yantar, envolvía toda la escena. Ante ella, ante aquella difícil sencillez que implicaba todo un postulado en acción de elegante sobriedad, Chesterton se volvió a su acompañante y le dijo: — ¡Qué analfabetos más cultos!

Por esos cultos analfabetos puede todavía la República española celebrar la fiesta del libro. Ellos fueron los primeros que comprendieron cuál era la misión de la cultura frente a los incendiarios de Bibliotecas y Museos. Y empuñaron las armas. Dos años hace que las disparan contra ellos. Dos años unidos al pueblo que no tuvo nunca libros, pero que tampoco tenía fusiles. Porque ahora se ha demostrado que aquellas palabras sempiternas de nuestros liberales y republicanos en la oposición de la monarquía, eran, en el mejor de los casos, demagogia ingenua. Cuando aquellos líderes decían en los mítines, una y otra vez, a nuestro pueblo: «Queremos una España con menos cuarteles y más escuelas, con más libros y menos fusiles», no hacían sino confundir el instrumento con la función. O, dicho de otro modo: sembrar vientos de ensueño para cosechar tempestades de traición. Acudamos a un ejemplo de nuestro tiempo: ¿De qué hubieran servido la cultura soviética, el progreso soviético, la felicidad y la paz soviéticas, si al mismo tiempo no se hubiese ido levantando también el ejército soviético, verdadero e invencible guardián de todo aquello? Ahora, en nuestra España, ha tenido que ser el pueblo el que se viera obligado a patentar esa simple verdad. Y algo más de añadidura: que las armas y las letras, por el imperio del sentimiento de independencia y por el noble afán de aprender, han dejado de ser funciones de casta, privilegio de unos cuantos elegidos. No está de más tampoco que recordemos esta innegable conquista al comenzar la semana del libro, que es, en la Cataluña culta y democrática, festejo predilecto por hábito del espíritu y sensibilidad pública.

GENIL.

# Los abastecimientos

La renovación de tarjetas de pan. El miércoles y jueves próximos, días 15 y 16, continuará la renovación de la tarjeta del pan para el trimestre de julio, agosto y septiembre, haciéndose la entrega de las tarjetas de tres raciones. El reparto tendrá efecto en las oficinas municipales de distrito (Tenencias de Alcaldía), de ocho y media de la mañana a una y media de la tarde. Los ciudadanos deberán satisfacer tres pesetas, importe de seños municipales, y se les ruega que lo hagan en moneda fraccionaria, con el objeto de facilitar la labor de los funcionarios encargados del reparto, en beneficio de todos. Los ciudadanos que el día 1 de julio no estén en posesión de la nueva tarjeta del pan, se verán imposibilitados de proveerse del mismo.

A beneficio de los Comedores infantiles. En la secretaría del consejero de Economía señor Comorera, ha sido entregada una suscripción de 2.104 pesetas, efectuada por el personal del mismo Departamento, a beneficio de los comedores infantiles.

También se ha recibido una carta del Grupo socialista de la Industria gastronómica de Barcelona, en la que se manifiesta que este grupo ha acordado contribuir con un jornal íntegro de todos sus militantes, a la suscripción abierta con destino a los comedores infantiles, colaborando de este modo a la obra que viene desarrollando dicha Consejería a beneficio de los niños huérfanos de nuestros combatientes.

# \* JUNTA DE PROTECCION DE COMBUSTIBLES LIQUIDOS

Hacen falta 25 pesos, preferible que hayan trabajado en minas. Indispensable aval político o sindical. Condiciones en Avenida 14 de Abril número 580, 1.º

**\* AGENCIA IRAÑEZ**  
**PARQUE I** Teléfono 15382  
 Servicio combinado de transportes para VALENCIA, ALICANTE, ALBACETE, MURCIA, CARTAGENA, ALMERIA y MADRID